



## LAS VISITAS «AD LIMINA» DE LOS OBISPOS ESPAÑOLES

JOSE MORALES

Los discursos dirigidos por Juan Pablo II a los obispos españoles con ocasión de las ocho visitas *ad limina* que han tenido lugar desde el 14 de diciembre de 1981 (Provincia eclesiástica de Santiago de Compostela) hasta el 26 de junio de 1982 (Provincia eclesiástica de Valencia), revisten particular interés. No sólo esbozan la visión papal de la Iglesia española con sus valores, dificultades y tareas presentes, sino que permiten ver las preocupaciones del Pontífice cuando se dispone a realizar su anunciado viaje apostólico a nuestro país. Ayudan por tanto a interpretar los numerosos discursos pronunciados durante los diez días de estancia en tierra española, que guardan una indudable relación con aquéllos. Las alocuciones del viaje han sido en muchos aspectos un complemento y extensión de las dirigidas a los obispos en sus visitas *ad limina*. Es objeto de este trabajo examinar algunos temas centrales de los discursos *romanos* y relacionarlos con las intervenciones *españolas*.

Puede hablarse seguramente de un plan de conjunto en la redacción y contenido de los (ocho) discursos. Cada alocución se ocupa preferentemente de un asunto de interés general, que no se convierte, sin embargo, en tema monográfico. Se complementa siempre con referencias sustanciales a cuestiones que interesan también a la provincia o provincias eclesiásticas recibidas. Con frecuencia se tratan los mismos temas bajo perspectivas diferentes que les confieren cierta individualidad.

Cinco cuestiones parecen ocupar especialmente la atención del Papa y penetran de diversos modos los discursos de las visitas *ad limina*: 1) la vinculación inseparable entre fe y nación, y la consiguiente presencia pública de la Iglesia; 2) la importancia del actual momento político-social para la fe e identidad cristianas del pueblo español; 3) el carácter reversible del fenómeno moderno de la secularización; 4) la imprescindible labor pastoral de los sacerdotes; y 5) la vocación propia de los seglares cristianos y su importancia decisiva para el presente y el futuro de la Iglesia.

Todos los discursos hablan de los fundamentos y objetivos de un

verdadero programa de acción cristiana. Particularizan la misión de la Iglesia en unas coordenadas de espacio y tiempo. Contienen una visión del escenario, la tarea, los agentes que deben realizarla y los medios que tienen a su disposición.

## 1. *Fe y Nación*

Juan Pablo II se ha referido con cierta frecuencia, en sus discursos a los obispos españoles, a la profunda vinculación existente entre fe y nación, entre creencias cristianas y formación del ser nacional español. «También en el aspecto social —decía a los obispos de la provincia eclesiástica de Toledo— vuestras gentes han visto su vida iluminada por el Evangelio de Cristo, y han contribuido así a crear esa cultura y civilización cristianas, de las que quedan tantos testimonios» (T, 3). Es un tema hondamente percibido por el Papa desde su sensibilidad de hombre polaco y europeo, que le ha ayudado sin duda a captar y expresar un rasgo característico de nuestro país.

Aludiendo a la figura del Apóstol Santiago, formulaba su pensamiento a los obispos de Galicia con las siguientes palabras: «El es vuestro padre en la fe, el abogado y protector de vuestras gentes, el patrono de España, que contribuyó de manera determinante a construir su historia y a mantenerla unida por los vínculos de una misma creencia que profesan todos los pueblos y regiones de vuestra patria» (S,2).

Estas ideas han recibido abundante desarrollo en los discursos pronunciados en tierra española durante el viaje apostólico. «La historia de la formación de las naciones europeas va a la par con su evangelización...; se debe afirmar que la identidad europea es incomprensible sin el cristianismo...; y todavía en nuestros días, el alma de Europa permanece unida porque, además de su origen común, tiene idénticos valores cristianos y humanos, como son los de la dignidad de la persona humana, el profundo sentimiento de justicia y libertad, de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de amor a la familia, de respeto a la vida, de tolerancia y de deseo de cooperación y de paz» (47,2).

Lo que es cierto de Europa en su conjunto se cumple con mayor intensidad, si es posible, en el caso de España. «El papel que vuestro país ha reconocido a la Iglesia ha dado a vuestra cultura una dimensión especial. La Iglesia ha estado presente en todas las etapas de la gestación y del progreso de la civilización española» (21,5). En la despedida del aeropuerto de Labacolla, el Papa nombra a modo de resumen «esa fe cristiana y católica que constituye —dice— la identidad del pueblo español» (48,4).

Las palabras del Papa son mucho más que una evocación histórica o una alusión cortés a un pasado conocido. Juan Pablo II habla en pre-

sente. Recuerda a sus oyentes una historia que está llena de consecuencias actuales y sugiere a la vez la tarea pública que la Iglesia tiene el derecho y el deber de desempeñar en la vida española. El marco europeo es de nuevo punto de partida. «La Iglesia es consciente del lugar que le corresponde en la renovación espiritual y humana de Europa. Sin reivindicar ciertas posiciones que ocupó en el pasado y que la época actual considera superadas, la misma Iglesia se pone al servicio de todos, como Santa Sede y como comunidad católica, para contribuir a la consecución de aquellos fines que procuren un auténtico bienestar material, cultural y espiritual a las naciones» (47,6).

Estas consideraciones alcanzan en España una vigencia especial. La Iglesia católica es un factor importante de la vida nacional. Actuará por lo tanto «sin afán alguno de entrar en competencia con los poderes civiles ni de ocuparse en asuntos meramente materiales o políticos, que reconoce no ser de su incumbencia; y sin renunciar tampoco a su misión de formar en la fe la conciencia de sus fieles. Para que éstos, en su doble faceta de ciudadanos y fieles, contribuyan al bien en todas las esferas de la vida, de acuerdo con sus propias convicciones y con el debido respeto a las ajenas» (37,3).

La Iglesia aporta una concepción de la vida y un mensaje verdaderamente ético que contribuyen al bienestar de todos los españoles. Es una porción sustantiva de la *pars sanior* del país, que no puede silenciar su palabra ni disminuir su influencia legítima en beneficio del todo social. «Porque la Iglesia, respetando gustosamente los ámbitos que no le son propios, señala un rumbo moral, que no es divergente ni contrario, sino que coincide con las exigencias de la dignidad de la persona humana y los derechos y libertades a ella inherentes. Y que constituyen la plataforma de una sana sociedad» (12,2).

La Iglesia es maestra de conducta moral y de convivencia humana, así como defensora cualificada de los derechos de la religión como bien mayor del hombre. «Siente la responsabilidad de defender al hombre contra ideologías teóricas y prácticas que lo reducen a objeto de producción o de consumo; contra las corrientes fatalistas que paralizan los ánimos; contra el permisivismo moral que abandona al hombre al vacío del hedonismo; contra las ideologías agnósticas que tienden a desalojar a Dios de la cultura» (21,11). En sentido análogo se había expresado el Episcopado español en vísperas de las últimas elecciones generales al decir que «en el empeño colectivo por consolidar la vida democrática de nuestra patria, la comunidad católica puede y debe aportar, desde su propia identidad, fundamentos morales y energías espirituales capaces de enriquecerla»<sup>1</sup>.

La Iglesia y los católicos españoles no son, sin embargo, en las

1. *Ecclesia*, 2.X,1982, p. 21.



palabras del Papa solamente un grupo respetable que pueda y deba ser oído y tenido en cuenta como otro grupo cualquiera dentro de la vida española. La Iglesia tiene en España el derecho y el deber de hacerse escuchar. Las imperativas relaciones fraternas con los cristianos separados, por ejemplo, no harán olvidar a nadie que el país contiene una mayoría católica. Estas observaciones papales, unidas a la movilización popular sin precedentes provocada por la visita, han sido correctamente interpretadas por un amplio sector de la prensa.

«Juan Pablo II está en el Concilio... —escribía José M.<sup>a</sup> Escudero en el diario *Ya*—. Está, por consiguiente, donde la minoría renovadora del Catolicismo español. Pero lo que ha hecho en su visita a España ha sido apelar al Catolicismo sociológico del que esa minoría hacía caso omiso, y ese catolicismo, al verse invocado como no recordaba desde hacía muchos años, ha respondido masivamente y en el mismo plano religioso desde el que se le convoca, demostrando así que no era sólo sociología. El Papa no ha inventado nada, no ha creado nada. Ha removido las cenizas y ha reavivado las ascuas»<sup>2</sup>.

«Es lógico —había afirmado el Papa ante el Rey y las autoridades de la nación— que fiel a su deber y respetando la autonomía del orden temporal, la Iglesia pida la misma consideración hacia su misión, cuando se trata de la esfera de asuntos que miran a Dios y que rigen la conciencia de sus hijos. En las diversas manifestaciones de su vida personal y social, privada y pública» (23,2)<sup>3</sup>.

Las mismas observaciones fueron reiteradas por el Papa el 5 de mayo de 1982 en su discurso al nuevo embajador español ante la Santa Sede. Después de referirse a la contribución de España a la concepción y defensa de una noción integral del hombre en todas sus vertientes, añadía: «Al rendir este merecido homenaje a su país, deseo expresar la convicción de que también en el presente y en el futuro se

---

2. Diario *Ya*, 10.XI.1982, pp. 5-6. Mons. Sebastián, Secretario de la Conferencia episcopal, se había anticipado acertadamente en estas consideraciones antes de la visita papal. «Dentro de la propia comunidad española —escribía en *Ya*—, el primer impacto del viaje del Papa será redescubrir la vitalidad del catolicismo español. Nadie sino la Iglesia puede todavía movilizar millones de personas de toda edad, clase, cultura y condición. Pero sobre todo, Juan Pablo II tocará las fibras más profundas y fuertes de grupos acobardados sin razón alguna: trabajadores cristianos a millones, familias fundamentalmente sanas, jóvenes sin corrupción, intelectuales profunda y serenamente creyentes. Todos sentirán la voz del vicario de Cristo, que empuja hacia el horizonte de una nueva época», 29-X-82.

3. Como si glosara estas ideas decía *Ya* el día 12 de noviembre: «Si los católicos tenemos el deber de escuchar *todo* el mensaje evangélico, desde la defensa de los concebidos hasta la protección de los parados, los no católicos tienen el de respetar *todo* el mensaje evangélico sin despachar la parte que les molesta con un epíteto malhumorado», pág. 5.

En una carta pastoral con motivo del Adviento, el obispo de Córdoba, Mons. In-fantes Florido, pedía al nuevo Gobierno respeto a la «herencia sociorreligiosa» y a los cristianos hacerse oír «bien para apoyar y aprobar, bien para oponerse o pedir correcciones, según lo exija nuestra fe» (*Ecclesia*, 11-XII-82, p. 25).

sabrán preservar esas esencias, ese humanismo de corte netamente hispano, que proyecte a este pueblo hacia metas superiores que, purificando eventuales lagunas o errores, lo lleven a una mayor integración de los valores verdaderamente humanos con los espirituales y morales. Sin que nunca se insinúen planteamientos que pudieran empobrecer la riqueza interior de un pueblo»<sup>4</sup>.

La esperanza que traducen las palabras papales se acompaña sin duda de una cierta inquietud, justificada por algunas iniciativas adoptadas por el gobierno español durante los últimos meses<sup>5</sup>.

Es evidente en cualquier caso que las intenciones y las palabras del Papa encierran un sentido religioso y pastoral, que las coloca por encima de todo propósito político o partidario. No han faltado a pesar de todo quienes han visto en los discursos y gestos de Juan Pablo II el deseo de influir directamente sobre la realidad política española *en cuanto tal*, con el ánimo de modificarla mediante un supuesto uso indebido del poder espiritual<sup>6</sup>.

El Papa habla a católicos que corren el peligro de replegarse sobre sí mismos ante el hostigamiento de unos poderes públicos que se les muestran contrarios; y les recuerda la legítima pretensión de la Iglesia a desempeñar un papel orientador y ejercer una influencia justa sobre los asuntos que se debaten en la vida pública, siempre que interesen a la conciencia cristiana. Pero no se mueve el Papa en el plano de la política. Se sitúa en un nivel mucho más alto, con el fin de enseñar a los fieles y salvaguardar los ricos valores espirituales que tiene encomendados como Pastor de la Iglesia.

Es evidente que después de la visita papal, la Iglesia española se encuentra en condiciones de definir bien su papel espiritual y público en la nueva etapa socio-política.

4. Diario *Ya*, 6-V-1983, p. 21.

5. Mons. Sebastián había expresado su preocupación a finales de diciembre de 1982. «Es realmente un ejercicio de violencia espiritual —decía— pretender imponer, como se ha intentado antes y como se puede intentar ahora o en el futuro, un laicismo militante a esta sociedad que no es laica. No podemos confundir la sociedad con el Estado. Una cosa es que los españoles hayamos querido tener un estado no confesional y otra que las clases dirigentes de la sociedad quieran tratarnos como si casi todos fuéramos ateos» (*Ya*, 28-XII-82, p. 23).

Más recientemente ha hablado en términos similares: «me atrevería a decir que existe en buen número de personas la idea de interpretar la no confesionalidad del Estado en el sentido de un rígido laicismo que significaría la exclusión de las manifestaciones religiosas de todo lo que sean las actuaciones públicas. Creo que esto no está en la línea de la Constitución...» (*Ya*, 8-V-83, p. 25).

6. Ante las tendenciosas afirmaciones de *El País*, Carlos Valverde estima que su colega madrileño «sigue anclado en la Ilustración decimonónica y cree que todavía se puede dividir a los hombres en progresistas y conservadores. No se ha enterado aún de que esas etiquetas han envejecido y no significan nada. Ahora sólo hay quienes con la mirada en el futuro quieren defender y realizar al hombre con todos sus valores humanos y espirituales, y quienes, enraizados en un pasado triste, quieren sepultarnos aún más en el egoísmo materialista» (*Ya*, 13-XI-82, p. 5).



## 2. *Identidad cristiana en la situación político-social española*

Durante las visitas *ad limina*, Juan Pablo II ha mencionado con frecuencia la nueva situación española como dato fundamental que debe tenerse en cuenta a la hora de plantear y llevar a cabo la acción pastoral de la Iglesia. La *nueva situación* viene determinada por los cambios sociales ocurridos en la última década, el paso a un nuevo sistema político y la reciente formación de un gobierno socialista. Estas circunstancias exigen un comportamiento y una tarea espiritual que en cierto modo revisten novedad y encierran en todo caso singular importancia para el futuro cristiano de la nación.

«El momento actual —decía el Papa en enero de 1982 a los obispos de las provincias eclesiásticas de Sevilla y Granada— es particularmente importante para el Pueblo de Dios en vuestras circunscripciones eclesiales, ya que la situación específicamente religiosa y los factores ambientales socioculturales, económicos y políticos plantean a la fe de vuestros fieles, y lo harán en no menor grado en el próximo futuro, múltiples desafíos a los que no podéis ser insensibles como Pastores» (SG,2)<sup>7</sup>.

El Papa habla con mayor detalle a los obispos de las provincias eclesiásticas de Valladolid y Oviedo. «La emigración masiva del campo —dice—, los procesos anejos al cambio industrial y tecnológico, la creciente urbanización, a los que hay que añadir los efectos consiguientes al nuevo modelo de sociedad española: todos estos fenómenos han hecho prevalecer el estilo de vida masiva, propio de los grandes centros urbanos, con el consiguiente empobrecimiento humano más perceptible en numerosas poblaciones rurales, alejadas y cada vez menos habitadas. Es de notar —y vuestra sensibilidad pastoral os ha hecho conscientes de ello— cómo ese cambio social ha comportado una disminución del vigor religioso y moral» (VO, 2).

El tema era de nuevo recogido por Juan Pablo II en el discurso a la Conferencia Episcopal el mismo día de su llegada a España. «Vuestro país que experimenta una transición sociocultural de grandes proporciones y busca nuevos caminos de progreso; que desea la justicia y la paz; que teme, como otros, ante el riesgo de perder su identidad... dará gracias a Dios si encuentra siempre en vosotros maestros, padres, guías, pastores». «A pesar de los claroscuros, de las sombras y altibajos del momento —añade el Papa—, tengo confianza y espero mucho de la Iglesia en España» (3,7 y 8).

Momentos antes había dicho: «Sé que sois sensibles a los problemas

---

7. «El actual momento socio-político que vive vuestra región, en el contexto más amplio de toda la nación, no dejará de enfrentaros con una problemática nueva a la que, como Pastores y guías en la fe, habréis de prestar la debida atención» (Z, 288).

que ha de afrontar vuestro pueblo, y que vosotros conocéis bien. Pido a Dios que vuestro celo pastoral se sienta siempre urgido para afrontar con lucidez de fe —y respetuosos de la justa autonomía del orden temporal— las cuestiones doctrinales y morales que en cada momento histórico hayan de encarar los creyentes» (3,5).

El diario «Ya» interpretaba con acierto las palabras papales cuando el día 2 de noviembre comentaba en un editorial: «Juan Pablo II dirige su palabra a un episcopado, el español, anclado en la historia, en un país 'que experimenta una transición sociocultural de grandes proporciones y busca nuevos caminos de progreso'. Sabe el Papa a qué país llega y cuáles son en esta hora los retos y esperanzas de la Iglesia española. La referencia a la historia no es... sino una invitación a la continuidad creadora, a la fidelidad en la renovación, al dinamismo. Para ello Juan Pablo II nos propone un programa claro: identidad definida, unidad, que no es 'mera coincidencia en hechos comprobables estadísticamente, sino ante todo unidad en Cristo y su doctrina', reconciliación, mutua comprensión, servicio de la verdad sin ambigüedades, colaborar desde la fe a la construcción de la ciudad temporal, acción en favor de la justicia»<sup>8</sup>.

La fe cristiana es apta para crecer en todo tiempo y en todo clima. No teme hablar con la razón ni se asusta ante las exigencias de ser vivida en el mundo. Es capaz de vertebrar una civilización y de dialogar con cualquier cultura digna de ese nombre. Se muestra acogedora con respecto a la ciencia y entiende perfectamente todo progreso dirigido por la inteligencia con vistas al bien común. Estos son en parte los presupuestos del Papa cuando, después de hablar a los obispos, recuerda a cada estamento o grupo social su responsabilidad en el presente de la vida española.

«Ahora estáis comprometidos —dice a los Reyes y a las autoridades— en una nueva estructuración de vuestra configuración pública... Sin pretender dar juicios concretos sobre aspectos que no son de mi incumbencia, pido a Dios que os conceda acierto en las soluciones que debáis adoptar, para que se preserve la armónica convivencia, la solidaridad, el mutuo respeto y el bien de todos». «Os deseo —añade más adelante— que se salvaguarde siempre la libertad solidaria y responsable, ese don precioso de la persona humana y fruto de su dignidad. Y que vuestro sistema de libertad se base en todo momento en la observancia de los valores morales de la misma persona» (12,3). Es todo lo más y todo lo menos que el Papa puede expresar a una audiencia formada por hombres y mujeres que en su mayoría le escuchan como ciudadanos creyentes.

Juan Pablo II ha reservado sus palabras y acentos más expresivos para dirigirse al pueblo cristiano que le escucha como Pastor y Maestro.

8. Diario *Ya*, 2-XI-1982, p. 5.

Si a los obispos ha dicho que la tarea encomendada les exigirá «claros discernimientos, seguras opciones adoptadas desde el Evangelio e iniciativas valientes que sean idóneas para orientar válidamente las conciencias» (SG, 2), recuerda en España al pueblo que le recibe el 31 de octubre que «en este contexto histórico-social, es necesario que los católicos españoles sepáis recobrar el vigor pleno del espíritu, la valentía de una fe vivida, la lucidez evangélica iluminada por el amor profundo al hombre hermano. Para sacar de ahí fuerza renovada que os haga siempre infatigables creadores de diálogo y promotores de justicia, alentadores de cultura y elevación humana y moral del pueblo. En un clima de respetuosa convivencia con las otras legítimas opciones, mientras exijáis el justo respeto de las vuestras» (2,5).

La contribución de los católicos a definir y solucionar los grandes temas nacionales exige ante todo una firme seguridad en sus convicciones, unida al ejercicio privado y público de los valores que profesan.

«Lo primero que el Papa y la Iglesia esperan de vosotros es que, frente a vuestra propia existencia, frente a la misma Iglesia, frente a la problemática humana actual, adoptéis actitudes verdaderamente cristianas» (37,1). «Valores, criterios y pautas de conducta contrarios a la fe cristiana han disminuido en algunos el vigor religioso y moral. En estas circunstancias, los cristianos habréis de vivir valientemente vuestra fe, tratando de integrar los criterios y pautas de la civilización actual con las creencias, moralidad y prácticas cristianas» (8,3).

El pueblo cristiano —había dicho el Papa a los obispos de la provincia eclesiástica de Zaragoza— debe expresarse «coherentemente en actitudes prácticas de fidelidad a las propias convicciones religiosas» y no dudar «en tratar de plasmarlas en un humanismo existencial consecuente, respetuoso y abierto a los demás. Manteniendo siempre una clara conciencia de su propia identidad eclesial, que requiere una comunión afectiva y efectiva con sus Pastores y con el Papa» (Z, 7).

Los cristianos no son externos a la sociedad en la que viven. Forman parte de ella en cuanto ciudadanos creyentes que están llamados a ser «agentes de transformación positiva en una sociedad que quiere mejorar, pero a veces no sabe cómo» (V, 3). No pueden olvidar su fe cuando trabajan junto a los demás hombres en construir y gobernar la ciudad temporal. «Han de hacer sentir su voz, coherente con los valores en los que creen y respetuosa con las convicciones ajenas. Basta pensar en la defensa y protección de la vida desde su concepción, en la estabilidad del matrimonio y de la familia, en la libertad de enseñanza y en el derecho a recibir instrucción religiosa en las escuelas, en la promoción de los valores que moralizan la vida pública, en la implantación de la justicia en las relaciones laborales» (3,5).

El hecho de que la nueva ordenación española en el derecho matrimonial puede «resquebrajar el edificio de la unidad familiar, con no



pequeño daño para la sociedad entera» (SG, 6) pide a los esposos cristianos resistir y superar con el dinamismo de su fe «cualquier presión contraria que pueda presentarse. Sabiendo discernir entre el bien y el mal» (16,2).

No se trata de una estrategia. Se trata sobre todo de que la consecuente acción cristiana que Juan Pablo II solicita se nutra de las energías espirituales que la Iglesia facilita continuamente a sus hijos. Así lo expresa el Papa —por ejemplo— en el acto eucarístico celebrado el día de la llegada a España: «Entrando en Tu intimidad queremos adoptar determinaciones y actitudes básicas, decisiones duraderas, opciones fundamentales, según nuestra propia vocación cristiana» (5,4).

El tiempo dirá si el viaje de Juan Pablo II ha producido la renovación esperada en el Catolicismo español. Es una renovación necesaria si la Iglesia y los católicos españoles han de estar a la altura de las circunstancias que viven. Sería ingenuo esperar de inmediato cambios espectaculares. Pero la semilla está sembrada y los cristianos de España son más conscientes que antes de que para acometer las empresas que les aguardan tienen cartas buenas.

«Con mi viaje he querido despertar en vosotros el recuerdo de vuestro pasado cristiano y de los grandes momentos de vuestra historia religiosa. Sin que esto signifique invitaros a vivir de nostalgias o con los ojos solo en el pasado, deseaba dinamizar vuestra virtualidad cristiana. Para que sepáis iluminar desde la fe vuestro futuro, y construir sobre un humanismo cristiano las bases de vuestra actual convivencia. Porque amando vuestro pasado y purificándolo, seréis fieles a vosotros mismos y capaces de abriros con originalidad al porvenir» (48,3).

### 3. *La secularización no es irreversible*

Juan Pablo II ha hablado con relativa frecuencia en sus discursos del fenómeno secularizador. Aunque no es una novedad de los tiempos recientes, no ha querido darlo por supuesto porque determina la acción pastoral de la Iglesia y exige en ella marcadas características de confianza en la Palabra que anuncia y constancia en la labor evangélica.

El proceso de erosión religiosa que supone la secularización se ha acentuado notablemente en los últimos años y afecta a sociedades que hace pocos decenios se consideraban cristianas. «La vida civil se encuentra marcada por las consecuencias de ideologías secularizadas, que van desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y de la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolija y unida, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a

un 'nihilismo' que desarma la voluntad de afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo» (47,3).

El sombrío diagnóstico viene exigido por la verdad, pero no debe conducir al pesimismo y menos a la desesperanza. La fe cristiana ha vencido al mundo y lo vencerá de nuevo. El fenómeno secularizador no es un hecho definitivo ni irreversible. «Es evidente que la compleja problemática creada por tal situación requiere análisis serios y respuestas que puedan favorecer el crecimiento en la fe del pueblo fiel. No seáis, sin embargo, fáciles en dar por supuesta la descristianización de vuestras comunidades, que cuentan con reservas morales vivas, las cuales requieren cultivo intenso y son siempre susceptibles de una nueva floración de vida cristiana» (TB, 3).

El Evangelio posee una fuerza sustantiva y un peso específico que le hacen válido en todo tiempo e independiente en lo fundamental de las circunstancias históricas. «La Iglesia, esa heredad de Dios solidaria con la suerte del hombre en todo momento de la historia, no considera tales condicionamientos como obstáculos insuperables para llevar a cabo su misión» (23,3). No es ya hora de largos análisis de una situación que es bien conocida, ni es posible permanecer por más tiempo con la mirada y la atención cautivas en el drama descristianizador que se ofrece a los ojos creyentes. Se trata ahora de que los cristianos cumplan su deber, porque a través de ellos volverá Dios a sujetar la deriva histórica que parece alejarse de la Iglesia.

«Sé bien que el actual momento ha cambiado mucho, por desgracia, la realidad precedente. No ignoro que son diversas las causas que influyen en ese complejo fenómeno. Pero quizás habrá que examinar a fondo algo que depende exclusivamente de nosotros: los criterios intraeclesiales que empleamos y que han de orientarnos para ver lo que puede hacerse» (BP, 3).

Existe todavía en el pueblo cristiano una «gran reserva de valores espirituales» (VO, 2). No se trata de falso optimismo ni de adoptar una postura de simple atrevimiento ante el mundo ignorante de Dios. El Espíritu de Cristo «sigue obrando con su poder maravillas, a veces desconocidas, de gracia y santidad» (TB, 8). Hay que revivir por tanto la fe dormida o vacilante.

«Para que en medio de las dificultades que la creciente secularización plantea a vuestros fieles —dice a los obispos de las Archidiócesis de Burgos y Pamplona—, puedan éstos mantener viva su conciencia cristiana y eclesial, es necesario un renovado esfuerzo de formación en la fe. Esto implica una evangelización intensa y extensa, que abarque los campos de la niñez, de la juventud, de los movimientos de apostolado, de la preparación al matrimonio, del ambiente familiar... Todo ello re-

quiere una entrega decidida a esa labor. En ese *hacer Iglesia*, en ese formar en la fe es donde han de concentrarse las primeras fuerzas vivas eclesiales» (BP, 6).

La Iglesia está comenzando siempre. Evangeliza a sus hijos y a los que todavía no lo son. Lo ha hecho así desde el comienzo de su existencia. Cualquier época es propicia para predicar a los hombres la conversión. Hay crisis históricas que pueden ser el anuncio de una nueva primavera si los cristianos saben escuchar las invitaciones de Dios y reconocer los signos de los tiempos. «La sociedad actual tiene bastante afinidad con aquella en la que se abrió paso la primera predicación del evangelio. Nos sentimos, como muchos hombres de aquella época, aprisionados en nuestra impotencia, sumergidos en múltiples ofertas de salvación que vemos como no definitivas y engañosas. Pero, como sucedió a los hombres de aquella antigua generación, desde la experiencia de nuestra limitación tenemos hoy la vivencia de que un don que nos desborda, una misericordia sumamente acogedora, puede salvarnos en plenitud, ofreciéndonos la gratuidad de su amor. Yo, servidor de Jesucristo, tengo la misión de proclamaros que esa salvación es cierta para quienes creen y confían en el nombre de Jesús» (22,3).

Importa mucho que los cristianos no cedan a la tentación —si la sintieran— de amoldar el Evangelio a la *sabiduría del mundo* y dejen actuar a través de sus vidas y de sus palabras las energías salvadoras de Dios. «Con palabras que podrían traducir la experiencia de Pablo, hoy se puede afirmar: no son los análisis de la realidad o el uso de las ciencias sociales o el manejo de la estadística o la perfección de métodos y técnicas organizativos... los que determinarán los contenidos del Evangelio recibido y profesado. Tanto menos será la convivencia con ideologías seculares la que abra los corazones al anuncio de la salvación.

«¡Sólo Cristo! Lo proclamamos agradecidos y maravillados. En El está ya la plenitud de lo que 'Dios ha preparado para los que le aman'. Es el anuncio que la Iglesia confía a todos los que están llamados a proclamar, celebrar, comunicar y vivir el Amor infinito de la Sabiduría divina» (26,4).

El Papa parece anunciar en nombre de Dios una irresistible oferta de gracia, que deberá hacerse patente de modo especial durante el año de la Redención que ha proclamado. Que no juzga irreversible la secularización lo dicen con particular firmeza sus palabras solemnes en el acto europeísta de la Catedral de Santiago: «Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: *Vuelve a encontrarte. Sé tú misma*. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual en un clima de pleno respeto a



las otras religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (47,4).

#### 4. *La tarea de los sacerdotes*

Juan Pablo II ha propuesto de nuevo a los obispos españoles un panorama de evangelización «que comprometa a toda la Iglesia» (SG, 4), y avive en primer lugar la responsabilidad pastoral de los sacerdotes, agentes insustituibles en semejante tarea. «Una importancia trascendental tiene la labor personal e intransferible de quienes han recibido por título especial, con el orden sagrado, la misión de formar en la fe a los demás» (T, 5).

Es evidente que el Papa *está* con los sacerdotes, piensa en ellos y cuenta con ellos en esta hora que, a pesar de sus dificultades y peligros, verá renovada a una Iglesia que se dispone a entrar en su tercer Milenio. «Permitidme —dice a los obispos de la provincia eclesiástica de Tarra-gona y al arzobispo de Barcelona— que al recibirlos conjuntamente salude también en vosotros, con profundo afecto, a todos y cada uno de vuestros fieles. Y desde ahora os encargo que transmitáis un recuerdo cordial a los sacerdotes, que con su preciosa ayuda os hacen posible la evangelización extensa de la comunidad cristiana» (TB, 2).

El obispo debe ayudar a los sacerdotes a cumplir bien su misión pastoral, que desempeñan frecuentemente en circunstancias personales o ambientales delicadas e incluso desfavorables. Necesitan por tanto el apoyo y la cercanía del obispo. «Afrontad con firmeza y comprensión —recomienda el Papa— las situaciones difíciles de vuestros sacerdotes, estad muy cercanos a ellos, para que, viviendo con alegría y fidelidad su dedicación a Cristo y a la Iglesia, superen los obstáculos que halla el ministerio en nuestro tiempo y las tentaciones que puedan insinuarse, de abandono, desilusión o falta de entusiasmo.

«Tratadlos como hermanos, en amistad e intimidad verdaderas; apoyadlos en todo momento, confortadlos y hacedles sentir con vuestra actitud que ellos, además de vuestros colaboradores más preciosos, son la parcela eclesial que merece las primicias de vuestro tiempo y energías» (SG, 5).

El sacerdote es el colaborador más directo del obispo. Hace llegar la presencia y la voz del prelado a todos los rincones de la iglesia diocesana. La unidad entre ambos es imprescindible para una buena acción pastoral. «Una actitud de fondo, a todas luces indispensable para una eficaz actividad pastoral —dice a los obispos de Valladolid y Oviedo— es la unión entre obispos y sacerdotes. Hacia el presbiterio diocesano han de ir vuestras mejores atenciones, para que sea de verdad el centro de la misión común... Ese trato familiar, de amigos y colaboradores, será

sumamente estimulante para todo sacerdote que, aun en medio del mundo, sabe dónde buscar respiro y apoyo para sus dificultades, ambiente apto para cultivar su vida espiritual e intelectual y sobre todo para dar testimonio de su 'segregación en cierta manera del pueblo de Dios' y de su pertenencia al grupo de los 'discípulos', elegidos por el Señor para desempeñar el ministerio del Evangelio junto al obispo» (VO, 3).

El sacerdote representa a Cristo, al obispo y a la misma Iglesia entre los fieles. Importa mucho que conozca bien su identidad, que la demuestre con su conducta y que la muestre con su apariencia externa. «Ya sé que os prodigáis por el bien de los sacerdotes, para que, a ejemplo de los discípulos de Cristo, se llenen del don de Dios y sean apóstoles auténticos. En esto ofrecerán a los fieles el signo de la propia identidad, como expresa san Pablo: 'A cada uno ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo... El constituyó a unos, apóstoles; a éstos, evangelistas; a aquéllos, pastores' (cf. Efes. 4,7 s.). Ser, por tanto, pastores y presbíteros es un don de Dios; la obra del Padre consumada en Cristo se nos da como gracia y participación, y por tanto no debe gravar en la conciencia como un peso molesto, sino como fuente de entusiasmo, de espiritualidad y de iniciativa para el apostolado» (VO, 3).

El ministerio sacerdotal deriva únicamente de Cristo. Su ejercicio debe inspirarse por tanto en el Señor y en su doctrina, que no ha de ser alterada por influencias derivadas de otras fuentes. «Aprovechad toda ocasión para recordar a vuestros sacerdotes que el ministerio, dondequiera que se ejerza, es una manifestación de ese don del Espíritu cuyos frutos son únicamente obra de la gracia y de la fuerza del Evangelio. No es rara hoy la tentación de anunciar el misterio de Cristo envuelto en experiencias emocionales o mezclado con doctrinas tomadas de 'maestros' de este mundo, con lo cual, a causa de esos ruidos de fondo, no se sintoniza con la persona de Cristo ni con aquellos a quienes El ha enviado. Estos reconocen muy bien la presencia de Dios Padre, que salva por el sacerdote cuando éste lleva consuelo a los corazones y suscita dentro del alma la alegría y la decisión de vivir con Cristo» (VO, 3).

El Papa ha hablado con brevedad e intensidad de un asunto que ha ocupado su atención desde el inicio de su Pontificado. Su exhortación abandona los aspectos teóricos o generales del tema sin caer tampoco en la mera casuística. En el centro de sus consideraciones se encuentra la figura del sacerdote tal como es en este momento de la Iglesia y tal como debe aspirar a ser según la llamada que ha recibido.

La esperanza de Juan Pablo II se cifra en la respuesta generosa de los hombres que han recibido la ordenación sacerdotal. Confía en el poder de la persuasión y de la libertad ayudada por la gracia, mucho más que en los logros de la sola disciplina. Confía también en la adecuada formación que habrán de recibir las nuevas generaciones de

sacerdotes. «Atended con todo esmero vuestros seminarios —dice a los obispos de Galicia— y procurad que sean verdaderamente tales» (S, 6). Es una consideración urgente que ha repetido también a los demás obispos, como premisa esencial para la aplicación del Concilio Vaticano II y la consiguiente renovación de la Iglesia.

## 5. Los laicos

El Papa ha insistido finalmente en la importancia decisiva de los laicos para que la Iglesia lleve a cabo su misión evangelizadora en el mundo. La mejor Eclesiología y la consideración pastoral, unidas a honradas experiencias personales, nutren las palabras de Juan Pablo II. Como en otros discursos anteriores, el Papa no habla a organizaciones de apostolado seglar ni se refiere a ellas en sus intervenciones. Se dirige a todos y cada uno de los laicos cristianos, que forman el Pueblo de Dios y que tienen encomendada una parte esencial de la misión de la Iglesia. El Papa desea unos «seglares que, fieles a su vocación propia, compartan la realidad del mundo, inyectando en ella una orientación de fe, hecha de testimonio en la vida privada y pública; que sean protagonistas inmediatos de la renovación de los hombres y de las cosas, y que, con su presencia activa como creyentes, trabajen en la progresiva consagración del mundo a Dios» (S, 4).

Los laicos cristianos necesitan ante todo un vivo sentido de su identidad; necesitan saber bien quiénes son ante Dios, si han de desempeñar eficazmente su labor en la misma Iglesia y en el mundo. «Gracias a Dios —dice el Papa— muchos cristianos han sentido de manera más viva, sobre todo después del último Concilio, su plena pertenencia a la Iglesia, así como la responsabilidad que de ahí deriva en orden al apostolado» (T, 6). Los seglares no están simplemente en la Iglesia. Son parte de la Iglesia y tienen que cumplir una tarea eclesial específica que no corresponde propiamente a otras porciones del Pueblo de Dios. Consiguientemente «hay que estimular la conciencia de los seglares respecto al lugar y responsabilidad que les competen en la Iglesia, en virtud de su vocación cristiana por el bautismo. Esta convicción debe guiarnos en el ejercicio del servicio o ministerio propios, con vivo sentido de solidaridad dentro del cuerpo social, con profunda fidelidad a Cristo, a las orientaciones de la jerarquía y al propio carisma» (V, 7).

El laico cumple siempre una *misión*. La idea de misión parece adquirir en las palabras del Papa una dimensión mayor y más honda que la habitual en la terminología misional *ad usum* en la Iglesia. Es una dimensión que se ha decantado en los últimos decenios y encontrado su lugar apropiado en los documentos del Concilio Vaticano II. Todo cristiano posee una llamada misionera, que puede y debe ejercer en el sitio donde



desarrolla su vida habitual. «El Papa debe hacerse portavoz permanente del mandato misionero de Cristo —afirma en Javier—. Pero siento el deber de recordarlo especialmente hoy, al comprobar... el espectáculo inquietante de muchos que han renunciado al mensaje cristiano o se han hecho insensibles a él» (31,6). «Todo cristiano —dirá en Granada— ha de participar en la tarea de formación cristiana. Ha de sentir la urgencia de evangelizar» (29,3).

Sólo el laico puede cristianizar la vida ordinaria, su vida propia y la vida de los demás. Juan Pablo II recuerda a los obispos de las provincias eclesiásticas de Valladolid y Oviedo la historia cristiana de los pueblos que rigen como pastores, que «supieron asimilar y dar expresión al mensaje evangélico en perfecta consonancia con sus actitudes y costumbres, con su manera de pensar y de obrar. Sus hombres —dice— apegados al dominio de la tierra... han dado testimonio de cómo se realiza plenamente una existencia desde la fe, movidos en sus ideales y en sus quehaceres por un espíritu genuinamente cristiano» (VO, 1). Es una existencia que encierra por necesidad sentido apostólico. «Tantos niños, jóvenes o adultos, tantos padres y madres de familia, pueden ser así beneficiarios de la fe del hermano que se siente de veras cristiano y apóstol» (T, 6).

El sentido de la propia identidad permite además al hombre cristiano no perderse en el mundo que debe santificar. «Vuestros fieles —dice a los obispos de Cataluña— viven inmersos en un sistema de convivencia pluralista, en el que ha de imperar el mutuo respeto, el diálogo y la libertad debida a la conciencia ajena. Pero por parte de ellos ha de quedar clara la conciencia de su propia identidad como cristianos y miembros de la Iglesia, la cual, aunque como recuerda el último Concilio, tiene una finalidad escatológica, está presente en el mundo» (TB, 3). «Por eso, la primera actitud del testigo de la fe es profesar esa misma fe que predica, dejándose convertir por el Espíritu de Dios y conformando su vida a esa Sabiduría divina» (26,3).

En el clima socio-cultural que viven, cuando la verdad cristiana puede parecer a muchos una opinión entre otras, el cristiano no debe olvidar las exigencias de su condición «no sólo en la esfera de la propia conciencia, sino también en la actuación práctica de sus principios morales, que no son solamente cristianos, sino humanos, y que deben estar en la base de la convivencia cívica, de la solidaridad comunitaria, de la ordenación jurídica de la familia, de la escuela, de la legítima participación de cada uno en la guía de la sociedad» (T, 30).

Sentirse y confesarse cristiano no será nunca un obstáculo para compartir a fondo la vida de los hombres de buena voluntad. «¿Será necesario confirmar una vez más que el crecimiento en la afirmación de la identidad cristiana del seglar no menoscaba o limita sus posibilidades, sino que, por el contrario, define, alimenta y potencia esa presencia y esa

actividad específica y original que la Iglesia confía a sus hijos en los diversos campos de la actividad personal, profesional, social?» (26,6).

El Papa considera a los laicos cristianos como agentes cualificados de la doctrina social de la Iglesia, que ha experimentado en sus iniciativas y discursos una suerte de reactivación. La acción social de los cristianos es una gran responsabilidad que no pueden eludir (cfr. SG, 284) y que les llevará a buscar y encontrar soluciones adecuadas a los serios problemas humanos —individuales y colectivos— derivados del paro, la emigración, la decadencia de la vida rural y la crisis económica. Se trata de encontrar vías de solución inspiradas en una idea cristiana de la persona y de la sociedad. Estos cometidos no son separables de la actividad que deben desarrollar en la evangelización de la familia, para que «los cónyuges cristianos vivan el sacramento del matrimonio como una participación de la unión fecunda e indisoluble entre Cristo y la Iglesia» (27,1); en el mundo del trabajo, en el campo de la política y en los medios culturales, donde «los laicos católicos, en sus tareas de intelectuales y de científicos, de educadores y de artistas, están llamados a crear de nuevo, desde la inmensa riqueza cultural de los pueblos de España, una auténtica cultura de la verdad y del bien, de la belleza y del progreso, que pueda contribuir al diálogo fecundo entre ciencia y fe, cultura cristiana y civilización universal» (36,7).

El cristiano en el mundo es en cualquier caso un testigo de lo transcendente y puede aplicarse también las palabras que Juan Pablo II dirigía en Avila a las religiosas contemplativas: «El mundo necesita, más de lo que a veces cree, vuestra presencia y vuestro testimonio. Es necesario por ello mostrar con eficacia los valores auténticos y absolutos del Evangelio a un mundo que exalta frecuentemente los valores relativos de la vida. Y que corre el riesgo de perder el sentido de lo divino». (6,4).

\* \* \*

Vendrá ahora la meditación de las palabras del Papa. Son palabras que abren caminos nuevos y que no necesitan ni admiten clasificación fácil según criterios habituales. Moderno y tradicional, arrollador y suave, familiar y no-convencional, Juan Pablo II convence de la validez de su mensaje. No produce solamente el entusiasmo fugaz de un momento jubiloso. Se aprecia más bien la capacidad de despertar energías dormidas, de avivar nostalgias de santidad cristiana y deseos eficaces de conseguirla, de perseverar, en fin, en el camino emprendido que sigue los pasos de Jesucristo.

Juan Pablo II se muestra deliberadamente como Papa de todos, imposible de acaparar por ninguno. Todos los sectores de la Iglesia que le han escuchado y contemplado de cerca han obtenido algo importante y necesario de sus palabras. Algunos han descubierto la existencia de una



noción cristiana del mundo y del hombre, que nada necesita de visiones o programas secularizados. Otros han entendido y sentido la realidad de la Iglesia como Casa de Dios e instrumento de Redención. Otros han aprendido a amar el Concilio y su doctrina —que es programa papal para los próximos decenios— y han comprendido mejor el sentido de la reforma litúrgica de los últimos años. Muchos han palpado la urgencia de dar razón de su esperanza y confesar su fe cristiana entre quienes les rodean. Todos han experimentado la cercanía de Dios, que llama personalmente a cada uno.

J. Morales  
Facultad de Teología  
Universidad de Navarra  
PAMPLONA